



que con poco trabajo podía hacerse inexpugnable: decidieron, por lo tanto, no pasar más adelante. Dice el doctor Chanca, que «aquel sitio era el mejor situado del mundo;» y pensaba que la Providencia condujo allí á la escuadra, cuando buscaba un refugio contra el mal tiempo.

En los primeros días de Diciembre desembarcaron hombres y animales, igualmente cansados de una navegación de cerca de tres meses, durante la cual estuvieron sometidos á una ración exígua, que así lo exigía la prudencia, para estar prevenidos á las eventualidades que podían retardar el desembarco. Con indecible placer tomaron posesión la mayor parte de los españoles de los prados, de las sombrías y perfumadas florestas y de los frutos desconocidos de aquellos árboles, entre cuyas ramas siempre verdes fabricaban los pájaros sus nidos, como en Europa durante la primavera. Las provisiones de boca y guerra y los bagajes se pusieron en casas de madera, que se levantaron en seguida.

Inmediatamente Colon, despues de hecho el trazado, y determinadas las proporciones convenientes, colocó, invocando la santísima Trinidad, la primera piedra de la nueva ciudad, á que dió el nombre querido de Isabel.

Como en su pensamiento el servicio de Dios era ántes que ningun otro, el primer edificio en que se puso mano fué la iglesia, y de tal modo se activó la construcción, que el 6 de Enero, aniversario de la entrada de los reyes en Granada, se celebró una misa cantada por el vi-

cario apostólico, acompañado del P. Marchena y de los doce frailes que traía consigo el padre Boil.

Sólo se construyeron tres edificios públicos de piedra, pues las casas de los particulares fueron de madera, cal y tierra, y la mayor parte sólo barracas de tabla. Todos se aprestaban á fabricarse casas propias, de modo que en pocas semanas la Isabela tomó el aspecto de una pequeña población. Al mismo tiempo sembraban al rededor de las viviendas legumbres y cereales, que brotaban con la mayor rapidez. Los indios, á quienes la afabilidad del almirante tranquilizaba, ayudaban con gusto á los españoles en sus trabajos, dándose por muy bien pagados con cualquiera bagatela de Europa.

Con el objeto de apresurar la conclusión de la Isabela, Colon se multiplicaba y acudía á todas partes. Esta fatiga continua apuró sus fuerzas, y cayó malo. No por eso su espíritu perdió nada de su actividad, pues mientras cuidaba de la fundación de la colonia, iba estudiando los medios de hacerla prosperar. Interrogaba con frecuencia á los naturales acerca del interior de la isla; envió una carabela para darle la vuelta, y levantar el plano de la costa, y se cercioró de que la Isabela era el desemboque natural de las minas de oro de Cibao, distante tres jornadas de marcha. Pero la alegría de tan fausta nueva la disminuyó la invasión de una enfermedad casi epidémica, que abatió el ánimo de los más atrevidos caballeros expedicionarios.

## CAPÍTULO XXI

Desengaño de los aventureros.—Fraude de los abastecedores de marina de Sevilla.—Conspiración contra el almirante.—Expedición á las montañas del oro.—Construcción del fuerte de Santo Tomas.—Enfermedades y penurias en la Isabela.—Se niegan al trabajo los hidalgos.—Colon vence su orgullo, y con su firmeza los salva.—Rencillas del vicario apostólico contra el almirante.

Los hidalgos españoles que se habían embarcado entusiasmados con la esperanza del oro, ignoraban cuán ruda es la vida del marino. Las raciones, que consistían en salazon y mala galleta, habían minado sus naturalezas durante los tres meses que acababan de pasar aprisionados en estrechos bajeles. Las fatigas consiguientes á la fundación del establecimiento, el alimento compuesto ya de vegetales, con que no estaban familiarizados, ya de provisiones traídas de España, pero en gran parte pésimas, á causa de la avaricia de los abastecedores, de la inexperiencia del transporte, y sobre todo de las alternativas de calor y de humedad, uniéndose á las influencias nuevas del aire, del suelo y del agua, produjeron calenturas mortíferas.

Como el almirante se encontraba un poco enfermo en el momento del embarque en Cádiz, no pudo examinar por sí mismo la instalación de todo el material, víveres, ganado y municiones. Parece que el veedor de la marina, Juan de Soria, no había dejado pasar por alto esta circunstancia, y cuando al desembarcar en la Isabela se inspeccionaron los abastos para almacenarlos, vió el almirante que la mayor parte de los víveres estaban averiados, ó eran en cantidad insuficiente, á causa de los beneficios ilícitos, obtenidos en la provision de tonelería en Sevilla; gran cantidad de vino se ha-

bia salido; las medicinas no estaban conformes con el pedido del médico mayor; el ganado escogido venía reemplazado por otro miserable y de mala raza, y los magníficos caballos, que había revistado el almirante en Sevilla, sustituidos por rocinantes, despues de haber cobrado el alto precio de los primeros (1). Compréndase ahora la repugnancia instintiva de Colon por Juan de Soria, y por qué fué éste el irreconciliable enemigo del hombre que lo comprendió. De esta suerte en la más antigua expedición al Naevo Mundo, se encuentran ya esas especulaciones inmorales, esas connivencias fraudulentas, que tantas veces se han echado en cara á la administración de marina.

El fraude de las oficinas de Sevilla agravó, pues, la situación de la colonia á sus principios, dando margen á crueles y amargos desengaños. Con todo, los marineros, los soldados y los trabajadores, ó más avezados á las fatigas, ó más prontamente restablecidos, continuaron los trabajos de tal modo, que ántes de concluir el mes de Enero quedaron terminadas muchas casas, y el almirante hizo circunvalar la ciudad con una muralla de piedra seca, al estilo árabe.

(1) Memoria del almirante D. Cristóbal Colon, remitida por Antonio de Torres á los reyes católicos, § 17, Colección de Navarrete, t. I.



Queriendo aprovecharse de la estación favorable para volver á España, y comprendiendo la necesidad de obtener sin retardo otras provisiones, el almirante se apresuró á despachar la flota, de la que solo retuvo cinco bajeles, destinados tanto al servicio de la colonia, como á nuevos descubrimientos. Puso la escuadra bajo las órdenes de Antonio de Torres, que izó su bandera en la *Marigalante*. Melchor Maldonado, Juan Aguado y Ginés de Gorvalan volvieron en ella á España, recomendándolos el almirante á la bondad de los reyes, á los cuales dirigía una memoria sobre el estado de la colonia, que Antonio de Torres debía presentarles en persona con algunos pedazos de oro.

Este precioso documento, que poseemos con las notas marginales de los soberanos, es el mejor testimonio de la alta superioridad de Colon en materia de gobierno y de administración. En él se observa, al traves de la prudencia humana, aquella fe en la Providencia, que constituía tambien el fondo de su carácter, el secreto de su sublimidad. El asentimiento de SS. AA. vino en cada párrafo á confirmar la exactitud y la prevision del jefe de la colonia naciente, á quien de los más minuciosos detalles hacendistas, á los más grandes pensamientos sociales, nada se fué por alto. No es posible hallar un espíritu más positivo, ni más práctico, en medio de su poética grandeza y elevación de miras.

Las escuadra se dió á la vela el 2 de Febrero de 1494. De orden del almirante llevaba á España los indios de ambos sexos y niños que habia cogido en las islas de los caribes, con el objeto de que una vez cristianos, pudiesen volver, y servir de intérpretes. Los caribes le parecia poder ser de grande utilidad para el caso, atendiendo á que acostumbrados á recorrer todas las islas del archipiélago, estaban familiarizados con sus diversos idiomas.

No bien hubo la flota salido de la Española, cuando la mayor desanimación se apoderó de aquellos hombres de imaginación ardiente y voluble, acostumbrados á los placeres, ajenos á los hábitos del trabajo, y que se habian acercado á Colon, persuadidos de que iban á desenterrar tesoros debajo de las flores, y á delei-

tarse en remotos y desconocidos horizontes. Y apenas tocaron la realidad, comenzaron á comunicarse su dolor y descontento, y á buscar el modo de salir del voluntario destierro, que tan imprudentemente se impusieron. El metalúrgico Fermin Zedo, ignorante y hablador, disgustado de la permanencia en la isla, dió en lamentarse sin recato, diciendo que no contenía oro, que las pepitas brillantes que se complacia Colon en adornar con este nombre, no eran más que partículas de mica, ó granos de una materia parecida al oro, que el oro trabajado que daban los naturales era el fruto de ahorros de familia, apurados ya en los cambios precedentes, y que en lo porvenir no podría encontrarse más. Estas palabras acabaron de desalucinar á los descontentos, que para tornarse en sediciosos, no necesitaban sino un jefe, y lo encontraron en la persona de un funcionario, escogido por los reyes, llamado Bernal Diaz de Pisa, teniente de pagador general.

Aprovechándose de la enfermedad de Colon, imaginó abrir una especie de sumaria contra él, de hacer certificar por medio de numerosos testimonios, que engañaba á los reyes con relaciones falsas, y que no habia más que esperar que la ruina y la muerte en una isla llena de jarales impenetrables, y habitada por gentes estúpidas y desnudas, propias para aquel país. Un tal Gaspar Terris, que se creia fuera del alcance de la ley, porque en su calidad de aragonés no era justiciable por la reina de Castilla (1), fué el instigador más activo de la rebelión. Bernal Diaz debía apoderarse durante la noche de los buques, con los que estaban por él; pero en el momento mismo en que iba á ejecutarse el complot, el almirante descubrió la trama, é hizo peender al principal motor, sobre quien se encontraron escritas de su puño y letra las pruebas del delito, con los nombres de los cómplices. Colon pudo haberlo hecho juzgar en el acto con todo el rigor de las leyes; pero se limitó á asegurarse de su persona, y enviarlo á España con las piezas de la sumaria, para que los reyes hicieran justicia por sí mis-

(1) Oviedo y Valdes. *Historia natural y general* etc., lib. II, cap. XIII.



mos. Su clemencia es la admiración de los historiadores, tanto que Washington Irving no puede ménos de decir: «El almirante se condujo con mucha moderación. Muchos de los cómplices fueron castigados segun su grado de culpabilidad; pero no con el rigor que merecian sus faltas» (1).

Sin embargo de la misericordiosa indulgencia de Colon, este castigo, legitimado por el derecho, la justicia y la disposición excepcional en que se encontraba, dió margen á odios y acusaciones implacables. Aquellos que tal vez hubieran sido víctimas de la deserción, se volvieron detractores del almirante, cuya dulce firmeza los salvaba. El orgullo castellano se sintió herido al considerar que un extranjero, un genovés, castigaba á un hidalgo. Estos descontentos se veian apoyados en la corte por sus familias, y Colon, extranjero, y á la sazón ausente, les parecia que debia sucumbir.

Para prevenir semejantes revueltas, hizo Colon que en seguida se lleváran á bordo de la principal carabela las municiones, las armas y la artillería de los demas buques, y confió su guarda á una tripulación fiel. Despues, dejando al frente de los cinco buques á su hermano D. Diego, para ocupar los descontentos, avanzó hácia las montañas de Cibao, donde segun los indios, estaban las minas de oro. Hasta el nombre del rey de aquellas breñas era de feliz presagio, pues se llamaba Caonabo, es decir, señor de la casa de oro.

Con el objeto de asombrar á los indígenas en su marcha, escogió lo que le quedaba de más florido en hombres y caballos, y partió en el mejor orden, rodeado de sus oficiales, á la cabeza de toda su caballería, apoyada por un cuerpo de cuatrocientos infantes próximamente, divididos en secciones, manteniendo en su pequeño ejército la más escrupulosa disciplina y observando grande uniformidad y exactitud en los movimientos. Despues de haber flanqueado las primeras ondulaciones del terreno, que de la orilla del mar se elevaba gradualmente á las montañas, se hallaron á la boca de un es-

trecho y quebrado desfiladero, impracticable á la caballería. Era el único camino que conducir directamente á Cibao, y la vegetación y aspereza del terreno detuvieron á todo el cuerpo expedicionario.

Entonces, á una caballeresca invitación del almirante, algunos nobles que sabian el oficio de gastadores, organizados por Isabel, pusieron briosamente manos á la obra, y entusiasmando á las primeras filas, abrieron en pocas horas camino á la tropa; en honor de lo cual se puso á este sitio Puerto de los Hidalgos.

Una vez desembarazado de tropiezos, el ejército pudo desde la cumbre de la montaña contemplar una llanura inmensa, que iba prolongándose hasta el horizonte, cruzada por muchos rios que serpenteaban llevando frescura y vida á sus orillas, en las cuales la opulenta vegetación de los trópicos prodigaba un lujo indescriptible. El arte de los indígenas, secundando á la naturaleza, habia hecho de aquel paraje un jardín encantador al trazar huertos, vergeles, bosques, prados, templetos de follaje, y sembrarlo de alegres viviendas.

A la vista de tan deliciosa perspectiva, y profundamente conmovido, el contemplador de la creación detuvo su caballo, y mandó hacer alto á la columna, para poder admirar á sus anchas aquel cuadro, elevar su alma al Autor de tales bellezas, y bendecirlo públicamente por las magnificencias que le prometia descubrir (1): á esta llanura, la más hermosa del mundo, puso el nombre de Vega Real.

Al acercarse á las habitaciones, las trompetas y los tambores rompieron á un tiempo, y sobrecogidos de admiración, acudieron los indígenas delante de los poderosos extranjeros para contemplarlos respetuosamente y ofrecerles las frutas y el oro de que podian disponer, mientras otros, atemorizados, huyeron ó se encerraron en sus chozas, creyéndose seguros detras de sus puertas de caña, que el almirante prohibió forzar. Llegó á las orillas del Yaque, riachuelo cuya embocadura, vió en su primer

(1) Washington Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. VI, cap. VIII.

(1) «Preñado de su extremada belleza y bendiciendo al criador.—Muñoz, *Historia del nuevo mundo*, lib. V, § VI.